

Reflexión sobre la hermenéutica de hoy en México y América Latina

by Mauricio Beuchot

English Abstract

In this paper I attempt to describe the polarizations that have arisen in hermeneutics in Mexico (and to some extent, in Latin America and the world) between two extremes, which we can call univocal hermeneutics and equivocal hermeneutics. An univocal hermeneutic seeks accuracy and rigor in the interpretation which leaves only one valid interpretation of the text. An equivocal hermeneutic lends itself to the vague and ambiguous interpretations, and admits too many as valid. This is why a hermeneutic we may call analogical seems necessary, which, in contrast to the univocal, admits more than one valid interpretation, but unlike the equivocal, admits a group of interpretations, but staggered into a hierarchy of better to worse, until reaching a point where there is no adjustment to the text.

Key Words: Hermeneutic, analogy, univocality, equivocality

Resumen en español

En este artículo intento describir las polarizaciones que se han dado en la hermenéutica en México (y, en cierta medida, en América Latina y en el mundo) entre dos extremos, que podemos llamar hermenéuticas unívocas y hermenéuticas equívocas. Una hermenéutica unívoca pretende una exactitud y un rigor en la interpretación que sólo deja como válida una única interpretación del texto. Una hermenéutica equívoca se entrega a la interpretación vaga y ambigua, y admite demasiadas como válidas. Por eso se ve como necesaria una hermenéutica que podemos llamar analógica, la cual, a diferencia de la unívoca, admite más de una interpretación como válida, pero, a diferencia de la equívoca, admite un grupo de ellas, pero escalonadas en una jerarquía de mejor a peor, hasta llegar a un punto en que no hay adecuación al texto.

Palabras clave: Hermenéutica, analogía, univocidad, equivocidad

Resumo em português

Neste artigo pretendo descrever as polarizações que têm ocorrido na hermenêutica no México (e, em certa medida, na América Latina e no mundo) entre dois extremos, que podemos chamar de hermenêuticas unívocas e hermenêuticas equívocas. Uma hermenêutica unívoca almeja uma exatidão e um rigor na interpretação que só deixa como válida uma única interpretação do texto. Uma hermenêutica equívoca abre-se à interpretação vaga e ambígua e admite demasiadas como válidas. Por isso, vê-se como necessária uma hermenêutica que podemos chamar de analógica, a qual, diferentemente da unívoca, admite mais de uma interpretação como válida, mas,

diferentemente da equívoca, admite tão-só um grupo delas, mas escalonadas em uma hierarquia, da melhor à pior, até chegar a um ponto em que não há adequação ao texto.

Palavras-chave: Hermenêutica, analogia, univocidade, equivocidade

Introducción

En este artículo deseo examinar el panorama de la hermenéutica hoy en día, señaladamente en México y América Latina. Lo cual será muy semejante, pues en nuestros países se refleja la hermenéutica mundial. Se importa demasiado la hermenéutica europea. Aunque a veces acá adquiere algunos matices propios. Mostraré cómo la hermenéutica actual, a nivel mundial, está tensionada entre corrientes unívocas o con pretensiones rigoristas y corrientes equívocas o con tendencias demasiado relativistas y subjetivistas.

Esto ha hecho que se necesite una hermenéutica intermedia y mediadora entre las otras extremas; y, como la analogía se coloca entre la univocidad y la equivocidad, se plantea la pertinencia de una hermenéutica analógica, que evite el rigorismo de la hermenéutica unívoca y la falta de rigor de la hermenéutica equívoca.

Por eso me esforzaré, sobre todo, por marcar el camino hacia una hermenéutica que llamo analógica, una hermenéutica analógico-icónica, que me parece que está siendo necesaria, sobre todo en nuestro ámbito latinoamericano y que puede ofrecer algunas ventajas y abrir nuevos caminos. De ella hablaré como desembocadura, después de dibujar el panorama de la hermenéutica como tal.

El panorama

Comenzaré planteando mi punto de vista con respecto a la hermenéutica hoy en día a partir de lo que me parece que es la situación mundial en la que se encuentra, recorrida por extremos viciosos y hay que buscar una mediación (Beuchot 2008, 32 ss.). Esto se aplica tanto a la hermenéutica en América Latina como en el mundo, pues se da parecida situación en todos lados.

Las hermenéuticas de hoy en día se debaten entre el univocismo cientificista o positivista y el equivocismo relativista posmoderno. Ha habido hermenéuticas unívocas, como las cientificistas, por ejemplo la de Emilio Betti (Grondin 1990, 177 ss.) y la de algunos hermeneutas influidos por la filosofía analítica. Ha habido hermenéuticas equívocas, como las de varios autores posmodernos, que profesan un relativismo muy fuerte en cuanto a la interpretación.

Y es que la hermenéutica es la disciplina o instrumento conceptual de la interpretación de textos. Nos hace comprender textos, los cuales pueden ser escritos, hablados (el diálogo, según Hans-Georg Gadamer) o actuados (la acción significativa, según Paul Ricoeur). O de muchos otros tipos. De hecho, la hermenéutica nos ha acostumbrado a ver las cosas como textos. Uno recuerda que en la Edad Media se veía al mundo como un texto, como un libro escrito por Dios (además de la Biblia). Y allí se entreveraban la hermenéutica y la ontología.

La hermenéutica es, ante todo, un existencial del ser ahí, del hombre, un modo de ser que nos caracteriza, porque vivimos comprendiendo y, por lo mismo, interpretando (Heidegger 1971, 160-71). Pero también la hermenéutica tiene que ver, desde siempre, con los textos. Interpretar es poner un texto en su contexto, dentro del cual o a la luz del cual cobra su significado propio. Y en el acto interpretativo, en el acontecimiento hermenéutico, hay un texto, un autor y un lector. Mas, si se privilegia demasiado al autor, se tiende a una hermenéutica unívoca; si se privilegia demasiado al lector, se tiende a una hermenéutica equívoca; y una hermenéutica analógica tiende a dar a cada uno la proporción que le es debida, a veces privilegiando más al lector que al autor, porque el autor es más ideal y el lector más concreto y real.

La univocidad es el significado claro y distinto, completamente exacto, en la lógica de la identidad. La equivocidad es el significado oscuro y confuso, en la lógica de la diferencia. En la hermenéutica actual, el univocismo es la pretensión de rigor y exactitud plena en la interpretación, en el recabar exhaustivamente lo que quiso decir el autor. Yo creo que eso las más de las veces es un ideal inalcanzable, pero es un ideal regulativo, como lo llamarían Kant y Charles Sanders Peirce. Y el equivocismo hoy es el relativismo extremo, que se queda en la mera ambigüedad, en la deriva infinita, en el vacío de criterios para acotar una interpretación. Yo creo que es el polo extremo contrario al anterior, y es igualmente nocivo para la hermenéutica, ya que anula la interpretación.

Ya se ha hecho demasiado daño con esos estirones hacia el univocismo y el equivocismo. Las hermenéuticas unívocas hacen gala de pretenciosas, con su promesa de rigor y exactitud, de interpretaciones claras y distintas de los textos, lo cual casi nunca se alcanza (sólo en casos muy domesticados y poco interesantes, por lo triviales). Las hermenéuticas equívocas exhiben una desmedida apertura, alegando que no es alcanzable el rigor ni la exactitud, y se abandonan a la interpretación ambigua, o a la interpretación sin fin, que nunca alcanza el significado de los textos, como lo vemos en varios autores pertenecientes a la corriente de la posmodernidad.

Y es que una hermenéutica unívoca, por principio, es demasiado cerrada. Sólo admite una única interpretación como válida, y todas las demás son falsas. En cambio, una hermenéutica equívoca es demasiado abierta. Admite prácticamente todas las interpretaciones como válidas, o por lo menos la mayoría, borrando los límites entre las

interpretaciones verdaderas y las falsas. La primera es demasiado exigente, hasta el punto de acabar con la hermenéutica, pues ella requiere de la polisemia, de la multivocidad; si no la hay, la interpretación sale sobrando. Es demasiado permisiva, y también acaba con la hermenéutica, pues, al ser todas las interpretaciones válidas, ninguna lo es en definitiva, y termina por hacer trivial e inútil la interpretación.

De aquí se sigue la necesidad de conjuntar, en una cierta dialéctica, esos extremos viciosos, de la estrechez y la desmesura en la interpretación. Hay que encontrar un punto intermedio, en el que esos extremos se crucen, y podamos aprovechar para conjuntarlos. Se los tiene que llevar a un equilibrio, pero un equilibrio no fijo ni duro, sino un equilibrio proporcional, y, dado que la proporción es analogía (pues analogía en griego significa proporción), se requiere una hermenéutica analógica. Sólo una así podrá llevar prudencialmente a una mediación dialéctica los extremos que deseamos equilibrar. Esa ponderación hará que ya no se esté en el impasse en el que encontramos ahora la hermenéutica, y la hará avanzar hacia campos más promisorios.

Esta hermenéutica analógica ya tiene un tiempo construyéndose en la teoría y aplicándose en la práctica. Ha desatado un movimiento, que es el de los inconformes con ese impasse que se ha señalado y que quieren avanzar en la hermenéutica de una manera más positiva (Conde 2006, 28 ss.).

Lo importante aquí es que ya la escena filosófica muestra cansancio de esas dos posturas antagónicas, y busca una postura intermedia, una salida, al menos. En ese afán de abrir puertas, se han buscado hermenéuticas más consistentes, que puedan combinar el pluralismo y el universalismo, que sean capaces de atender al contexto, sin perder por ello la posibilidad de acceder a la textualidad (al menos un poco); que admitan la diferencia, incluso que la privilegien, pero sin perder la capacidad de ir, al menos tendencialmente, a la identidad. Es que se necesita privilegiar la interpretación múltiple, porque es en la que nos encontramos, en la que nos movemos, pero sin perder la exigencia de tender a la exactitud, a la interpretación mejor o definitiva, aunque sea ideal, porque funcionará al menos como ideal regulativo, como algo a lo que hay que tender, algo que debemos aspirar a alcanzar, aunque nunca lo logremos. Siempre se nos quedará como utopía, pero las utopías orientan.

Hacia una hermenéutica analógica

Por eso he propuesto una hermenéutica analógica, y me he opuesto tanto a la hermenéutica unívoca, para la cual sólo hay una interpretación válida y todas las demás son falsas, como a la hermenéutica equívoca, para la cual prácticamente todas las interpretaciones son válidas o demasiadas. En contra de ambas hermenéuticas, he propuesto dicha hermenéutica analógica, para la que hay varias interpretaciones que pueden ser válidas, en contra de la unívoca; pero no todas, en contra de la equívoca, y, además, forman una gradación jerárquica, con una interpretación mejor (lo que Aristóteles llamaba el analogado principal, el *pros hen*), y otras secundarias, en orden

descendente, hasta que se llega a un punto en que ya comienzan a ser falsas. Cada vez más falsas. Siempre me han objetado que no se puede señalar dónde está ese punto, esos límites de la interpretación, pero cada vez me convengo más de que, poniendo cuidado, se puede encontrar. Y por eso sigue existiendo la obligación de argumentar para establecer una interpretación como válida (Beuchot 2009a, 51 ss.).

En la línea de la analogía de proporción, una hermenéutica analógica aprovecha esa fuerza que tiene la proporcionalidad, de unir, conectar y ordenar las interpretaciones, que en eso consiste proporcionar, dar proporción o dar a cada cosa su debida proporción, su lugar dentro de una proporción más amplia, que es la de las partes en el todo. También aprovecha la fuerza de la analogía de atribución, que es la de jerarquizar, la de poner un orden ascendente y descendente en las interpretaciones, de modo que se pueda señalar una gradación de adecuación al texto, de interpretaciones más adecuadas y menos adecuadas, o, por lo menos, mejores y peores.

Aquí estoy aplicando las dos caras de la analogía, la cara de la proporción y la cara de la atribución, que en los medievales tenía un extremo metonímico y otro extremo metafórico. Y en Charles S. Peirce esto se repetía, pues él veía la analogía como iconicidad, y el signo icónico tenía tres clases: la imagen, el diagrama y la metáfora. La imagen es el polo de la metonimia, que hace juego con la metáfora, que es el otro polo, y en el medio se encuentra el diagrama, que sería lo más analógico e icónico.

El diagrama, además, fue empleado por Michel Foucault, al señalar, en *Las palabras y las cosas*, la derrota de la analogía por la modernidad, que hundía en el univocismo a las ciencias humanas (Foucault 1978, 34 ss.). Pero dejó un resquicio, una salida. Fue su idea de la signatura, en la línea del diagrama. Con extraña erudición, Foucault se basa en Paracelso, en su obra *De signaturis rerum*, para quien la signatura es ese signo sutil y frágil, que apenas se ve, apenas se discierne, y que por eso es el terreno propio de la hermenéutica. Esto lo ha recogido recientemente un perspicuo seguidor suyo, Giorgio Agamben, quien habla de las signaturas como aquello que nos permitiría seguir usando la ontología (Agamben 2009, 47 ss.).

Ya de hecho esa idea de Foucault de hacer ontología, ontología del presente, fue recogida con ese nombre por Gilles Deleuze, quien la cultivó mucho. Yo creo que hay que recuperar la ontología, y que la hermenéutica debe servirnos para ello.

La analogía, la iconicidad, es paradigma. Por eso una hermenéutica analógica nos da una interpretación no sólo sintagmática, horizontal y superficial, sino paradigmática, vertical y honda, que cala en profundidad, que profundiza y profundiza, y que es la interpretación que nos perdió la modernidad. Era la interpretación de los monjes medievales, era la interpretación del afecto, y era la interpretación del inconsciente. Es reiterativa, repite y repite y, sin embargo, es nueva cada vez.

Yo creo que en la actualidad el enemigo común no es tanto el univocismo, que ya está muy vencido y en retirada, ya que esas pretensiones de adecuación completa y recuperación del texto están muy periclitadas. Pero se cierne el espectro del equivocismo, con muchas formas de ambigüedad, de falta de adecuación, etc. Esto me recuerda que toda la historia de la hermenéutica puede verse como la lucha entre el sentido literal y el sentido alegórico. El sentido literal es esa pretensión univocista de recuperar exactamente lo que quiso decir de veras el autor, mientras que el sentido alegórico es esa decepción de todo rigor, y sólo deja lugar para lo que de veras quiera interpretar el lector. Falta una mediación analógica, la cual se da entre esos extremos de la univocidad impositiva y la equivocidad desesperada.

Por eso me parece ver detrás de la analogía una especie de dialéctica. Una dialéctica extraña, una dialéctica diferente. No es la dialéctica hegeliana, que llega a la reconciliación, o dice llegar a ella, a la fusión de los opuestos, y aun sostiene que extrae de ellos una síntesis superadora de los mismos, con una novedad feliz que deja a todos satisfechos. No. No es una dialéctica moderna, sino pre-moderna, distinta. Aquí veo una dialéctica que no reconcilia ni saca síntesis; a lo mucho concilia, o simplemente junta, como hablaba Nicolás de Cusa de la coincidencia de los opuestos. Es, en efecto, una dialéctica trágica e inconclusa, como la de Kierkegaard, la de Nietzsche y la de Freud. Una dialéctica rara, huidiza.

Para Kierkegaard, los opuestos se reúnen en la paradoja; pero no se reconcilian, tienen que aprender a coexistir. Para Nietzsche, Apolo y Dioniso no llegan a ninguna síntesis; pero, al fin hermanos, son para pelear, y, sin embargo, llegan a convivir. Para Freud, el ello y el superyó luchan entre sí, y angustian al pobre yo; pero no hay síntesis tampoco, si acaso se aprende a acordar pactos, de no agresión. Inclusive se puede pensar que esos opuestos, como son el equivocismo y el univocismo, tienen que aprender a ayudarse mutuamente, no sólo a convivir.

Lo importante es que viven en la tensión, y quizá de la tensión. Habitan en el límite, ocupan el lugar de nadie, el no lugar, porque se hace intersticio muy delgado, adelgazándose a dos dimensiones o tal vez a una. Pero se pueden aprovechar para interpretar, se puede aprovechar su misma polémica, su misma lucha, su misma discusión.

Y es que uno aprende de las discusiones. Al menos, hay que tratar de aprender de ellas. De una que tuve con Paul Ricoeur en 1987, en un congreso en Granada, España, donde me aconsejó que estudiara la metáfora, y me remitió a su encantador libro *La metáfora viva*, en el que encontré la analogía como esquema de la metáfora misma y, por consiguiente, del símbolo. De otra discusión que tuve con Carlos B. Gutiérrez en 1999, en el Congreso Interamericano de Puebla, aprendí que no hay que exagerar en la pretensión de verdad, que la hermenéutica de Gadamer nos alecciona acerca de una modestia o humildad a la hora de buscar la verdad de los textos, las

interpretaciones adecuadas. De otra discusión con Gianni Vattimo, en 2004, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, aprendí que en la hermenéutica se ha impuesto la noción de verdad como *alétheia*, o como des-encubrimiento. Él me decía que tenía que dejarme ser más equivocista, pues me faltaba más apertura hacia una noción de verdad más nihilista y sin adecuación. Sin embargo, otros dos amigos míos, Maurizio Ferraris y Franco Volpi (trágicamente desaparecido) me convencieron de que la noción de verdad como *alétheia*, de Heidegger, no sólo no es contraria a la de Aristóteles, como adecuación, sino que es complementaria, se necesitan. Y de una discusión con Jean Grondin, aprendí que no hay que dejar que predomine demasiado la diferencia en la analogía, que todos necesitamos aspirar, al menos aspirar, a una verdad más unívoca, ya que todos aspiramos a la interpretación definitiva (por ejemplo de Platón). Además, he recogido de él la idea de que Gadamer mismo recupera la verdad aristotélica como adecuación en su idea de fusión de horizontes.

Y heme aquí, jalonado por las tendencias que he descrito. Algunos que me invitan a alejarme cada vez más del univocismo y a perderle más el miedo al equivocismo. Otros me aconsejan no dejar de tender al univocismo y temerle al equivocismo, del que no hay salida. Es, ciertamente, una situación paradójica y conflictiva, propiamente dialéctica.

Yo he tratado de mediar en esta dialéctica tan viva, sobre todo por la estimulante discusión con esos amigos, todos connotados hermeneutas, pues en ella han tomado parte también colegas mexicanos, como Mariflor Aguilar, Ambrosio Velasco, Raúl Alcalá, Guillermo Hurtado y Mario Teodoro Ramírez, cada uno de los cuales me ha señalado límites de mi propuesta de una hermenéutica analógica. Otros me han apoyado, como Samuel Arriarán, Luis Eduardo Primero, Napoleón Conde, Mario Magallón, Juan Carlos Ayala y muchos más. Es en el diálogo con ellos, en esa dialéctica compartida, donde he encontrado las luces para profundizar en ese sentido.

Esta dialéctica me parece vivificadora y estimulante. Me ha permitido evitar la cerrazón de la univocidad, y una apertura sin la exacerbación de la equivocidad. De hecho es una postura que está en la línea de la *phrónesis*, de la prudencia, de la cual decía Gadamer que era el esquema de la hermenéutica (Beuchot 2007, 82 ss.). No tiene límites claros, y eso exaspera a muchos; pero se van encontrando al paso, con el ejercicio y la praxis, que nos dan una interpretación quizá empobrecida, pero suficiente. Y eso es lo que, humanamente, todos buscamos. Entre el decir y el mostrar, que señalaba Wittgenstein. Porque la analogía es en el fondo una ilusión: decir el mostrar y mostrar el decir, para no quedarnos en una ontología deíctica, indexical, es decir, de tipo índice, sino avanzar a una que esté del lado del ícono y del símbolo. Que con eso me basta y habré llegado a buen puerto, desde el borrascoso mar de los significados.

Ya de suyo, la hermenéutica trata con lo propio y lo otro, con lo familiar y lo extraño, como decía Gadamer, en una dialéctica abierta o, con expresión aún más bella, Ricoeur denominaba dialéctica fracturada (Ricoeur 2006, 53). Sobre todo la

hermenéutica analógica, pues la analogía combina la identidad y la diferencia. Y es que la hermenéutica trata de hacer coincidir la identidad y la alteridad, y mucho más lo hace la analogía, en una hermenéutica analógica. Alquimia de lo otro, para volverlo un poco semejante. La relación con el otro es por el lenguaje, y por ello ha de tener cierta comprensión.

Función y oportunidad de una hermenéutica analógica

En América Latina la hermenéutica analógica puede tener una labor muy aceptable. La de mediar y equilibrar entre las hermenéuticas unívocas y equívocas que en ella se dan. Lo peor es que unas y otras han sido adoptadas (ni siquiera adaptadas) a partir de modelos extranjeros, impostados muy a la fuerza. Ya sabemos que mucho de lo que se da en filosofía ya obedece a modas y no siempre a la reflexión y la autenticidad.

Tenemos hermenéuticas unívocas más bien pocas, por influjo de la filosofía analítica en sus vertientes más positivistas, las cuales van de retirada, con el giro pragmatista en la analítica misma. Pero todavía hay algunos que se atrincheran y refugian en posturas demasiado rigoristas y cientificistas en cuanto a la interpretación. Las que más proliferan son las hermenéuticas equívocas, pues el único significado de las unívocas hace que propiamente no sean hermenéuticas, y, en el caso de las equívocas, ya que la hermenéutica se da en el suelo de la polisemia o multivocidad, se presta para que se inclinen mucho a la equivocidad. De hecho, la multivocidad es doble: equívoca, la que es irreductible, y análoga, la que es reductible y se puede conducir a ser manejada. O también se puede decir que la equivocidad es doble: la propiamente tal, y la analogía, que es una equivocidad que se puede domeñar.

Por eso la analogía puede servir para limitar y dominar la equivocidad, y sacarnos de este embrollo de las hermenéuticas posmodernas, tan dadas a la equivocidad, en sus formas de relativismo y subjetivismo, que suelen llevar al escepticismo, o, por lo menos, amenazan con llevar a él.

De hecho, todo muestra que ahora el enemigo común no es, como antes, el univocismo, pues éste se retira, vencido y maltrecho, después de las críticas de la posmodernidad a la modernidad; más bien ahora es, precisamente, la herencia de la posmodernidad la que nos aqueja, y el enemigo común es ahora el equivocismo, en sus múltiples formas, con sus múltiples caras, que se presenta sobre todo con la faz del relativismo y el subjetivismo tan presentes en la actualidad.

En nuestros medios latinoamericanos, el posmodernismo ha hecho su agosto, siendo importado y trasladado prácticamente sin adaptación, e incluso sin reflexión, sin la ponderación crítica de cuánto se puede adoptar de él. Solamente por ser la moda del momento, se ha traído y se ha impostado. Y a veces no tiene una cabida cabal, o se adopta en sus aspectos más deplorables. Por eso tiene que enjuiciarse críticamente

y, aun cuando ha traído cosas buenas, como la mencionada crítica del racionalismo y cientificismo modernos, ha dejado con una carga muy peligrosa de escepticismo, con el relativismo inmoderado o excesivo que ha establecido en todas partes.

Labor de la hermenéutica es propiciar el diálogo. Por eso una hermenéutica analógica lo hará en los términos de privilegiar la diferencia, el disenso, sin perder la capacidad de orientar tendencialmente al consenso. El consenso no siempre se puede alcanzar; por eso hay que estar preparados para el disenso, y aun se debe permitir, ya que en eso reside la riqueza del pensamiento.

Esto se ve, en nuestros ámbitos, en el diálogo intercultural. No es fácil encontrar allí el consenso. Pero mucho ayudará el que se permita el disenso y, sin embargo, la colaboración. Es donde se da la dialéctica de la diferencia, que encontramos en la analogía. No hay una reconciliación perfecta, no hay una síntesis superadora de las posturas en conflicto; y, sin embargo, se llega a una conciliación y coincidencia de los opuestos, sin síntesis, pero con la capacidad de que los opuestos convivan e incluso se ayuden, colaboren entre sí, trabajen el uno para el otro (Beuchot 2009b, 75 ss.).

Esto podrá traer una bonanza nueva a la hermenéutica latinoamericana, que pueda también bonificar a la hermenéutica de otras partes. Ya se hace necesaria la búsqueda de una salida, de una hermenéutica diferente, de una postura distinta de las que ya han campeado por sus provechos, sin dejarnos gran cosa. Por lo demás, ya ha habido muchas otras búsquedas en este sentido, y sólo deseo sumarme a ellas con una más, que pretenda servir, aportar un servicio a la filosofía nuestra.

En efecto, lo que se trabaje en pro de lo que nos constituye como contexto particular redundará en beneficio de la totalidad, de la hermenéutica de otras partes. Y esto procede de la preocupación por revitalizar la hermenéutica nuestra, la de nuestra filosofía latinoamericana. De esta manera, unos a otros nos ayudamos, nos unimos en ese esfuerzo común de pensamiento, precisamente por el bien común, que es el que pertenece auténticamente a la filosofía. Desde lo particular hacia lo universal, que es el camino que tenemos.

Conclusión

He aquí la propuesta de una hermenéutica analógica, que creo que ayudará a mejorar la situación de la filosofía en América Latina. Ya de suyo se ofrece como una salida al impasse de las hermenéuticas en la actualidad, distendidas y desgarradas por la polarización excesiva hacia el univocismo y el equivocismo. Pues bien, entre la univocidad y la equivocidad se encuentra la analogía, que ha sido muy olvidada, muy preterida en la modernidad, y que ahora se nos muestra como muy necesaria.

Al acudir a ella, resulta una hermenéutica analógica, intermedia y mediadora entre las otras dos, que evita sus inconvenientes y trata de aprovechar sus ventajas,

las de cada una. De la unívoca, conservará la tensión hacia la claridad y la exactitud, sabiendo que no es del todo alcanzable las más de las veces; de la equívoca, conservará la apertura, pero nunca tan desmesurada que por ahí se nos pierda la capacidad de alcanzar el rigor necesario para nuestra búsqueda de la verdad.

Será, en fin, la hermenéutica analógica un instrumento conceptual que nos permita satisfacer la demanda de diferencia que plantean los filósofos posmodernos, pero sin perder la posibilidad de satisfacer la demanda de identidad o rigor que plantean los filósofos analíticos. Sabiendo que nunca podrá satisfacer plenamente lo uno ni lo otro: la demanda de diferencia, porque la diferencia completa es inalcanzable, y la identidad absoluta, porque nos llevaría al vacío.

Bibliografía

G. Agamben (2009), *De signaturis rerum. Sobre el método*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

M. Beuchot (2007), *Phrónesis, analogía y hermenéutica*, México: UNAM.

M. Beuchot (2008), *Perfiles esenciales de la hermenéutica*, México: UNAM-FCE, (5a. ed.).

M. Beuchot (2009a), *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de la interpretación*, México: UNAM-Itaca, (4a. ed.).

M. Beuchot (2009b), "Hermenéutica, analogía y dialéctica para América Latina", en *Stromata* (Buenos Aires), LXV, 1/2, pp. 75 ss.

N. Conde Gaxiola (2006), *El movimiento de la hermenéutica analógica*, México: Primero Editores.

M. Foucault (1978), *Las palabras y las cosas*, México: Siglo XXI (10a. ed.).

J. Grondin (1990), "L'herméneutique comme science rigoureuse selon Emilio Betti (1890-1968)", en *Archives de Philosophie*, 53/2, pp. 177 ss.

M. Heidegger (1971), *El ser y el tiempo*, trad. J. Gaos, México: FCE (4a. ed.).

P. Ricoeur (2006), *El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología*, Buenos Aires: Amorrortu.